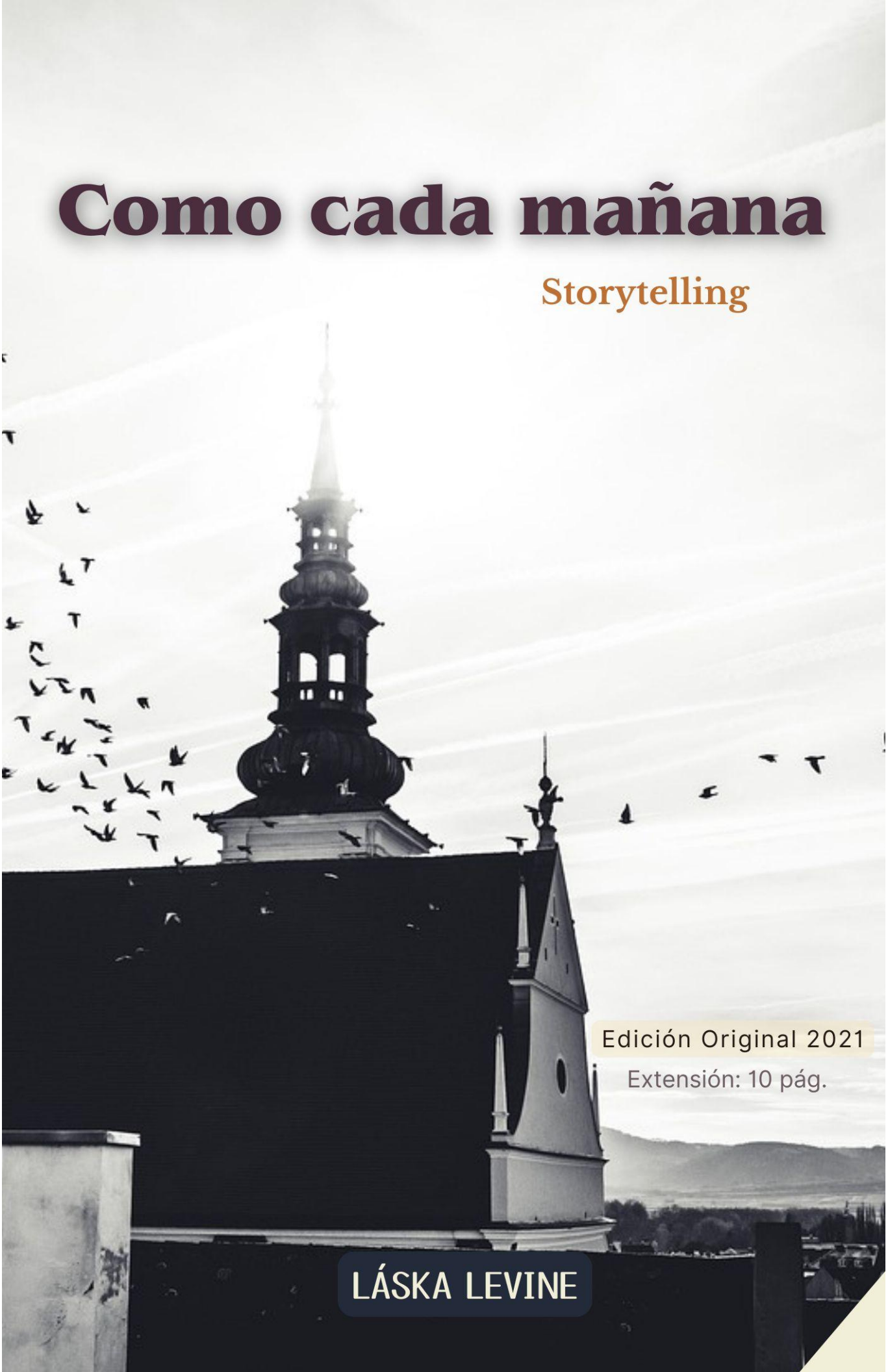
Como cada mañana

Storytelling



Edición Original 2021

Extensión: 10 pág.

LÁSKA LEVINE

Como cada mañana

Relato

Compilado:

- Confesiones de días anteriores -

Láska Levine

Todos los derechos reservados ©

Prohibida la comercialización y reproducción impresa o digital

de este material sin consentimiento previo del autor.

Imagen:Pixabay Leonhard N.

Como cada mañana, prepara su café y se sienta frente al computador, esperando que ese sabor amargo penetre sus papilas y le haga más insensible a la pena de despertar a otro día más.

Trágico es el hecho de que una mujer tan bella, joven y que podría tener el mundo a sus pies, posea tal pesar en su alma. Como una vieja a la que se le han acabado las fuerzas para seguir y espera por su muerte cada día.

Casi todos los días despertaba a la fuerza, luchando contra su voluntad y deshaciéndose en pensamientos tan negros y amargos como aquel café.

Antes de dar el primer sorbo a la taza, mira primero de reojo hacia la ventana.

Se decide por fin a girar la cabeza para admirar a ese sol que asoma de entre los edificios del frente. Ese mismo sol que cada mañana sale para intentar recordarle lo bella que es la vida. Mientras ella lo mira indiferente por unos segundos, para después volver la vista a lo oscuro de su salón.

∞

Escucho a lo lejos esa alarma insistente de tono agudo, que como taladro penetra pitido a pitido el cerebro; y desde el primer instante él comienza a azotarse a sí mismo con la sola idea de un nuevo día.
Aún con los ojos cerrados empiezo a escuchar sus constantes quejidos, pues para él, el momento de despertar es literalmente un calvario.

Comienza el día rodeándose de pensamientos atroces para él y para mí.

Y le importa poco.
No tiene idea de lo que me afecta.

Trato de dejar de lado su berrinche para hacerme la vida un poco más sencilla y entonces, hago el intento de recordar mi sueño.
Pero éste ya se encuentra lejos para cuando quiero alcanzarlo. Mi cerebro lo sopla fuera de él porque tiene esa adicción a la catástrofe.

Quién diría que uno puede perder el control de la vida tan fácilmente al permitir que gobierne sólo una parte de nuestro mismo cuerpo; una parte que ni siquiera vida propia tiene.

Me siento frente al computador. Ausente.

Me quedo mirando por un buen rato el indicador parpadeando en la pantalla, mientras doy rienda suelta a mis pensamientos.
Y aunque parece que lo que estoy haciendo es intentar agarrar por la pata alguna idea que me permita comenzar a trabajar, en realidad estoy pensando en que, para los protocolos sociales y de una persona más o menos ”normal” debería tomar desayuno.
Pero la verdad es que no tengo apetito y a estas horas de la mañana, menos aún.

Pobre Bruno, siempre se levanta al sonar de mi alarma; enseguida mueve la cola de lado a lado, como agradeciendo genuinamente por un día más en su corta vida. Estira su lomito y una de sus patas traseras tal como lo haría una bailarina de ballet antes de su presentación y me observa dormir por un momento.

Después, cuando cree que es suficiente, me da lamiditas en la cara para ayudarme a despertar. Él sabe cuánto me cuesta hacerlo.

Y siempre hace el mismo ritual. Sin importar si él se ha despertado de mala gana, él siempre está de buen ánimo para otra mañana.

Vaya… qué fuerza de voluntad.
Realmente tengo mucho que aprender de él.

No lleva nada cargando sobre su lomo.

No lleva el pesar del sentimiento,
de la madre que lo abandonó sin ningún remordimiento
para volver a su vida en las calles después de parirlo a él y a otros tantos.
Ni lleva la pena de sus cuatro hermanitos que sin ellos planearlo, lo dejaron por irse a vivir otra vida, con otra familia.
Ni tampoco lleva el pesar de su padre, que se preocupó solamente de satisfacer sus necesidades perrunas e ir detrás de otra cola levantada.

Nada. Él no lleva cargando nada.

El perro del vecino que le hace bullying cada tarde cuando salimos a pasear, también le importa poco.
No se despierta por la mañana pensando en él.
Y para él, ese perro malvado solo existe por unos segundos, el breve instante en el que pasamos delante por de su portón y nada más.

No le dedica más de su tiempo, ni de sus pensamientos;
simplemente porque no lo merece y porque nada le aporta.

Así deberíamos ser los humanos; al menos de vez en cuando.

Así, de ese modo relajado y un tanto ligero; en lugar de meter la cabeza hondo en los ínfimos laberintos de los sombríos pensamientos y trágicos dramas a los que tanto nos encanta meter la cara.

— Vaya, Bruno. Tú deberías enseñarme a vivir.

Lo miro con cariño y se lo digo cada vez que admiro cada una de sus acciones. Entonces Bruno me devuelve una mirada cariñosa y sus ojos brillantes me dan cierta esperanza.

No obstante, las mañanas no habían sido así de fáciles para mí.

Había periodos de tiempo en los que podía contar con los dedos de las manos las veces que me habría sentido realmente entusiasmada por despertar a un día más.

Algo estaba mal y pude notarlo desde que era pequeña, solo que… no había podido siquiera apuntar con el dedo la razón porque, podría decirse que a esa edad tenemos el cerebro igual de pequeño. No alcanzamos a comprender siquiera la magnitud real de ciertas cosas; y para un niño es lo mismo escuchar la verdad o una mentira. Despreocupada e inocentemente él siempre todo lo creerá.

Vuelvo mis ojos al computador y noto que ya han pasado 10 minutos.

Caray, ¿a dónde me fui?

Tengo la idea de que por instantes tomo una pequeña barca y comienzo a navegar hacia el centro de un inmenso océano. Un océano del que me veo rodeada en segundos.

Imagino que miro alrededor y existen kilómetros y kilómetros de mar;
observo a los peces que se transparentan en el agua;
pienso en ellos, en lo que será parte de su vida
y en la presa que estarían a punto de convertirse si no ha sido un día de suerte para ellos.

Y entonces me olvido que debo ir más allá y encontrar mi propio camino;
por lo que avanzo lentamente.

Amigo, ya estarás dándote cuenta de que además de ser un tanto depresiva tengo déficit de atención.
Curiosas definiciones; y curiosa también la insistencia del hombre al poner un nombre a toda cosa que ve aunque aun no logre del todo comprenderla.

Pocas cosas me parecen relevantes y sin embargo, suelo indagar en cada una ellas de manera desproporcionada.

Al cabo de una hora de pensamientos irracionales, el café ya está helado.

En días como éstos, odio el sabor del café cuando se enfría.

Me levanto para preparar otra taza de café, sin haber avanzado mi trabajo.

Coloco el agua al fuego y me sumerjo en el sonido del hervor.

Observo el vapor salir de ella y mis manos inevitablemente se dirigen a sentir el calor que emana de la olla caliente.

Y no existe nada más.

Mis pensamientos no pueden ir más allá y bastante lo necesito;
así que, me decido a despabilarme un poco.

Me pongo mis botas cafés, esas largas que tanto me gustan aunque se me quieran escapar a cada paso, y tomo el primer abrigo que cuelga del perchero. No importa realmente el color.

Tomo mi pelo un tanto enmarañado en una cola de caballo sin alisar y lo ato con el moño de siempre.

Bajo las escaleras de mi apartamento y paso de largo al ver al hombre de cara alargada que siempre coloca su silla afuera, en la calle, para observar a la gente que pasa y de vez en cuando gritarles unas cuantas majaderías cuando algo de lo que hacen no le parece, o le parece inadecuado, a su gusto.

Decido hacer caso omiso de su presencia y no lo volteo ni a ver siquiera.

Camino un par de cuadras.
El trayecto me parece aburrido y mi paseo sin sentido.

Tengo la visión de mi café ya tibio, echando sus últimos despojos de vapor y deseo haberlo traído conmigo.

El frio está comenzando a morder mis mejillas y la punta de mi nariz.

Enfoco la atención a mis manos dentro de los bolsillos de mi abrigo; y noto que, como casi siempre, mis dedos se encuentran apretados contra la palma de la mano, en forma de puño. Como si insistieran en agarrar algo y no dejarlo ir. Algo invisible e inexistente.

Al darme cuenta libero un poco; aunque inconscientemente, a los pocos minutos mis puños se vuelven a cerrarse, apretados.

El ruido de los autos y la gente caminando deprisa me pone de malas y deseo regresar.

Un viento frío recorre mi rostro y se cuela por entre las aberturas de mi abrigo.
Un escalofrío recorre mis extremidades.

El día está nublado y, aunque me encantan los días así, por alguna razón me siento incómoda.

Tengo un mal presentimiento y de esos que no se pueden dejar pasar.

Hago el intento de continuar en mi camino a pesar de ese sentimiento tan extraño.

Miro el parque mientras paseo, y decido sentarme un momento en una de sus cómodas bancas. Esas que son tan frías, que desearías no haberte sentado nunca; tan planas que por fuerza enderezan la columna y, tan duras que al poco tiempo terminan por aplanar el trasero.

Observo a los niños pequeños jugar con las palomas y correr tras ellas como queriendo tomarlas en sus manos, pero ellas dan un saltito y emprenden un pequeño vuelo, como de 3 segundos, solo para alejarse un poco y regresar al mismo lugar de donde partieron; como burlándose de los niños e incitándolos.

Fantaseo en mi sueño. Los sucesos pasan lento. Pausan y vuelven a reproducirse de nuevo.

Burbujas de jabón flotan frente a mi mirada, y sin siquiera importarme mucho de dónde han salido, las observo viajar de un lado a otro jugando con el viento frío.

He notado la hora en el reloj de la iglesia frente a la plaza.

Parece como sacado de una película infantil. Y de pronto imagino un ave gigante salir de esa puertecilla elevada anunciando otra hora que pasa;
otra hora que se va;
que se aleja;
que se va haciendo vieja;
que se olvida
Y que ya no regresará.

Es tarde ya. Y los momentos de oportunidad para despejar la mente corren casi tan rápidamente como los autos que rugen sobre la avenida contigua.

Es hora de volver a la realidad
y a la bendita rutina.